



## INTRODUCCION

En 10. de noviembre de 1855 se publicó en la ciudad de México el primer número del periódico *La Cruz*, “establecido ex profeso para difundir las doctrinas ortodoxas, y vindicarlas de los errores dominantes”. En el prospecto, el obispo de Michoacán, Clemente de Jesús Munguía, su director, escribió: “Restablecida por la cesación de la dictadura la libertad de imprenta,<sup>202</sup> vuelven á presentarse de nuevo en el teatro de la discusión pública las antiguas cuestiones. A la voz de reforma todos acuden para presentar á la nación y al gobierno sus opiniones, sus designios y aun sus intereses y pasiones. Apenas han transcurrido dos meses desde la fuga de Santa Anna, y se han propalado ya estas diversas ideas. Pero lo que mas ardientemente se debate es la cuestión religiosa. En pocos días hemos visto disfrazados elogios del protestantismo, enconados ataques á la Iglesia, escandalosos sarcasmos contra el clero, proclamaciones entusiastas de la libertad de conciencia: hemos visto prepararse la gran tentación de aquellos que se ponen del lado del Evangelio para combatirlo, que invocan la santidad de los primeros siglos para destruir la catolicidad de la Iglesia y de las creencias públicas; que desacreditan á los ministros del Santuario para estirpar el sacerdocio católico; que suspiran por la pobreza evangélica para ver opacarse el suntuoso culto de Jesucristo, cerrarse á los ojos del pueblo ese brillantísimo libro donde los fieles estudian y meditan su religión, y reducirse á la última miseria á los sacerdotes. Cosa admirable! Es tal el empeño de meter la mano en la Iglesia de Dios para pres-

<sup>202</sup> *Prospecto de la Cruz*, periódico “exclusivamente religioso, establecido ex profeso para difundir las doctrinas ortodoxas, y vindicarlas de los errores dominantes”. Tomo I, México, noviembre de 1855, número 1, pp. 1-3.

tarle grandes servicios, de combatir la Teología para que reviva el Evangelio, de reformar a los ministros y empobrecer á la Iglesia para lograr el establecimiento de un culto en espíritu y en verdad, que ya ni aun Santa Anna y sus ministros quitan demasiado tiempo á estos reformadores.

“En estas circunstancias es un deber de todo católico apercibirse al combate y salir á la defensa; volver por la causa de la religión escarnecida, calumniada; decir otra vez que ella es la fuente de la civilización moderna, reguladora de los destinos de la humanidad, la verdadera garantía de los pueblos y el más firme apoyo de los gobiernos: que sin ella todo retrocede; que para México la religión es el bien más precioso; que no hay religión verdadera fuera de la Iglesia de Jesucristo; que no hay Iglesia de Jesucristo fuera de la Iglesia romana: es necesario desconocer solemnemente la misión de esos nuevos evangelistas que se atribuyen el derecho de reformar la Iglesia, desconociendo á la que hoy existe, negándole su autoridad docente y acusándola de que ha falseado el Evangelio.

“Un deber tan sagrado nos ha inspirado el pensamiento de establecer un periódico religioso, que bajo el título de *La Cruz* hoy comenzamos a publicar...” La exposición de los propósitos del obispo Munguía no podrían ser más contundentes; él había sido presidente del Consejo de Santa Anna; las cárceles, los fusilamientos, los allanamientos de morada, los destierros, las venganzas, el enmudecimiento de los periodistas por la Ley Lares, no movieron la pluma de Munguía para convocar a los fieles a la defensa de los principios cristianos; al llegar los soldados de Ayutla salió, como en Morelia cuatro años atrás por la *Representación* de Melchor Ocampo ante la Legislatura de Michoacán, a la defensa apasionada de la Iglesia.

Munguía dividió su periódico en cuatro secciones: de exposición, controversia, literatura y variedades y noticias, escribiéndolas algunos de los mejores escritores conservadores de su tiempo: Bernardo Couto, Alejandro Arango y Escandón, José María Roa Bárcena, Manuel Carpio y José Joaquín Pesado quien, a partir del número 10 de *La Cruz*, sería su director. Pesado, escribió Roa Bárcena, “no vaciló en tomar la pluma en defensa de la verdad y en servicio de la Iglesia y de la patria, llevando acaso de espuela el

recuerdo de la época distante en que, como periodista y funcionario público, su fogosidad e inexperiencia pagaron tributo a las ideas y tendencias ahora en boga, y queriendo dar más solemne testimonio de la rectificación de las suyas. Encargóse, pues, de la dirección y redacción de *La Cruz*. . .<sup>203</sup> Pesado había sido, no en los años de aprendizaje —tenía 32 años en 1833— diputado de la Legislatura liberal de Veracruz y Vicegobernador en los días en que hubo de ejecutarse el decreto que disponía que las Ordenes tuvieran 24 religiosos consagrados para que los monasterios subsistieran; mas, al paso, mudó de camino. En su poema *La Visión* evocó a su madre, interrogándolo por las causas de su divorcio con la virtud, por su incumplimiento de los votos que hiciera “ante el Eterno”, y le suplicó retroceder a tiempos más felices.

Como se sabe, los salmos fueron la forma habitual de la expresión poética de Pesado, pero no pocos de sus himnos son cantos de júbilo político ante la derrota de sus enemigos, consumidos, como cera, en el fuego. Pesado y Manuel Carpio, su inseparable amigo, “habían construido, cuenta Guillermo Prieto, una Jerusalem de Cartón y corcho, en las piezas interiores de Pesado (calle del Angel), con sus calles, sus templos, sus piscinas, sus huertos y cuantas particularidades pueden imaginarse; y cuando Pesado hacía explicaciones, asombraba su elocuencia, su erudición y la naturalización de aquellos santos lugares. . .” Quizá sus artículos, sus estudios sociales, fueran traslado de aquel fervor por la historia de Israel y el adjetivo que le aplicara un contemporáneo suyo: salmista, su verdadera filiación. Salmos eran sus ensayos y sus artículos. La ira del señor caía sobre los enemigos de la Iglesia. . . “el orbe callará bajo tu espada. . .”

En las páginas de *La Cruz* aparecen Miramón, Zuloaga, Márquez, la *Legión sagrada* —sus capas blancas, bordadas con cruces rojas— frente a la Guardia Nacional al mando de Comonfort en la batalla de Puebla; las procesiones vengativas, las familias, como las bíblicas, alzarse entre cantos de Hosanna por las victorias de Zuloaga o Miramón, el joven Macabeo, y, sobre todo, persistente, obstinada, la

<sup>203</sup> José María Roa Bárcena, *Biografía de José Joaquín Pesado*, en *Obras*, tomo IV. Biblioteca de Autores Mexicanos. Imp. de V. Agüeros. México, 1902. Cap. XIX.

oposición a la libertad de enseñanza, a la separación de la Iglesia del Estado, a la tolerancia religiosa. Así como en Arista "se había operado la misma evolución que en la mente política de la patria", en Pesado se advierte la muda de camino, el retroceso y el horror ante los nuevos tiempos; fiel a sus temores, somete su imaginación a los Salmos; sus afanes, a una Jerusalem de cartón y, su visión de México, al castigo eterno por su liberalismo.